

HORACIO CASTELLANOS MOYA  
LA SIRVIENTA Y EL LUCHADOR

TUSQUETS  
EDITORES

La gorda Rita trae en una mano el plato con caldo de pollo, arroz y verduras cocidas; en la otra, el manojo de tortillas. Los pone sobre la mesa.

El Vikingo ya tiene la cuchara empuñada. Se apresura a probarlo, para constatar si está hirviendo, como a él le gusta.

El caldo le quema el paladar, el esófago, las tripas, o lo que queda de ellas. Es lo único que come, cada mediodía.

La Gorda le ha dado la espalda.

–¿Y el fresco? –reclama el Vikingo, mirando de reojo hacia la puerta de entrada.

–Qué jodés –dice la Gorda, sin voltearse. Y luego grita–: ¡Marilú, traele un vaso de fresco al Vikingo!

Del televisor, empotrado en la alacena, sale una voz de mujer que anuncia un champú.

–Casi no tiene pollo esta mierda –se queja el Vikingo, hurgando con la cuchara en el plato.

La Gorda está recogiendo los trastos sucios de la mesa de los macheteros.

–Qué jode este Vikingo –repite.

Los tres macheteros echan una ojeada al Vikingo;

pelan sus dientes podridos. Luego voltean hacia el televisor.

Qué me ven estos cabrones, se dice el Vikingo, molesto. No tienen idea de quién fue él, nunca lo vieron fajarse en lucha libre de las de su tiempo, lo consideran un viejo detective enfermo. Campesinos de mierda.

Marilú sale de la cocina con el vaso de fresco.

Los tres macheteros voltean en el acto. No le despegan la mirada de las piernas y el trasero.

–A la puta con ustedes, no puede aparecer la niña porque casi se le tiran encima –se queja la Gorda.

–La niña –masculla el Vikingo con burla–. ¿De qué es el fresco, mi amor? –le pregunta.

–De melón –dice Marilú, con su vestido de organdí.

Los tres macheteros pelan de nuevo sus dientes podridos, sin quitarle la vista del trasero a Marilú hasta que ésta vuelve a la cocina.

–Sí, es una niña –dice la Gorda, indignada.

Los macheteros se han puesto de pie; toman sus sombreros de palma.

–Y ese gran culo entonces, ¿se lo han prestado? –comenta el Vikingo.

El machetero alto se acomoda los cojones; apenas sonrío.

–Paguén, que ya me deben semana y media de almuerzos –reclama la Gorda.

–El viernes –escupe el machetero gordo.

Y cruzan entre las mesas hacia la puerta de la calle.

–Hijos de la gran puta –masculla la Gorda antes de entrar a la cocina.

El Vikingo se ha quedado solo en el comedor. Así le gusta, por eso viene de último, cuando ya todos han comido y han regresado al Palacio Negro.

–Se te ve bien jodido, Vikingo –grita la Gorda desde la cocina.

Sí, está muy mal, quizá muriéndose, pero desde cuándo le importa a ella.

Y sigue sorbiendo, a cucharadas, lenta, ruidosamente, que mientras esté tragando le irá bien. Los retortijones pueden venir después, cuando salga a la calle o cuando llegue al Palacio Negro.

–¿Quieres más tortillas? –pregunta la Gorda desde el umbral.

–Ese gordo es rencoroso, no lo retés –le advierte el Vikingo.

–Que paguen. No les tengo miedo –dice la Gorda. Y le tira dos tortillas sobre la mesa.

Porque no los ha visto destazando... Hacen cantar al más valiente tras el primer tajo.

–De verás, Vikingo, ¿has ido al hospital? –pregunta la Gorda. Jala una silla para sentarse-. Estás cadavérico, cada vez más flaco, pálido como la muerte –dice. Y luego grita–: ¡Marilú, traeme mi plato para acá!

El Vikingo mastica un pedazo de tortilla. Le faltan un incisivo, un colmillo y casi todas las muelas.

Marilú trae un plato con albóndigas y arroz.

–¿Cuándo me la vas a prestar? –le pregunta el Vikingo a la Gorda, sin quitarle la vista de encima a Marilú-. Que me vaya a asear la habitación, aquello es un desastre, necesito una niña limpia y ordenada como ella.

–Estás loco –dice la Gorda, restregando la tortilla en el caldo de las albóndigas.

El Vikingo mira ahora con descaro el trasero de Marilú que regresa a la cocina; la Gorda le espanta la mirada con la mano, como si fuese otra mosca.

–Viejo cochino, te debería dar vergüenza –dice–. Cualquier día te encontrarán hecho cadáver. Y ya ni se te ha de parar esa tu cosa –agrega, señalándole la entrepierna con un gesto de la boca.

–¿Quieres probar? –pregunta el Vikingo.

La Gorda lo ignora; mastica, ruidosa, sin cerrar la boca.

–¡Marilú! –grita–, apaga esa televisión que ya no hay noticias.

El Vikingo hace a un lado el plato vacío; bebe el vaso de fresco. Luego eructa y se limpia la boca con el dorso de la mano.

–De veras, te ves mal –repite la Gorda–. Deberías ir al hospital.

–Para hospitales estoy yo... –dice el Vikingo–. Ni cuando casi me quiebra la nuca el Black Demon, y hubo que suspender la lucha, dejé que me llevaran a un hospital. Menos ahora.

–No seas necio. Ya no sos el luchador de hace cuarenta años. Todo el mundo comenta que se te ve la muerte en la cara.

–Aquí todos tenemos la muerte en la cara.

Saca del bolsillo de la camisa la cajetilla de cigarrillos.

–Pero vos estás más muerto que vivo.

–Porque soy el más viejo –dice–. Conseguime cerillos.

–¡Marilú, que apagués el televisor te ordené, que estás sorda, muchacha! –grita la Gorda–. Y traele unos cerillos al Vikingo.

Sufre un amago de contracción en el estómago. Le gustaría vomitarle en el plato a la Gorda.

Marilú le entrega los cerillos. El Vikingo le toma la mano.

–Te venís conmigo, mi amor, para que me arreglés la habitación y te doy unos centavitos –le propone.

–¡Soltala, abusivo! –exclama la Gorda, y empuja a Marilú a un lado. Sufre un acceso de tos.

–Te vas a atragantar –le advierte el Vikingo mientras enciende el cigarrillo. Y le pedirá al machetero gordo que la destaque para venderla como carne para picadillo y con la niña se quedará él.

Le echa el humo en la cara a la Gorda.

–Echá más humo –pide ella–, que hay mucha mosca.

–Que soy tu cholero, mamacita...

–¿Viste al mayor Le Chevalier en el noticiero? –pregunta la Gorda.

–¿Anoche?

–Lo repitieron hoy a mediodía –dice la Gorda–. Qué huevotos tiene el hombre, cuadriculados. Se les lanzó al cuello a los curas, denunció con nombre y apellido a cada uno de los comunistas, comenzando por el tal monseñor. Deben de estar cagados de miedo.

–Nunca vamos a acabar con tanto hijueputa –murmura el Vikingo, pensativo, exhalando la humareda.

Tira la colilla al piso de cemento; la restriega con la suela de la bota.

Sí, debería ir al hospital, pero a qué horas, con tanto trabajo, con lo alerta que debe permanecer cuando viene la carga. Y capaz que los doctores lo encierren, ya no lo dejen salir hasta que sea cadáver.

–Vos deberías retirarte –dice la Gorda–. Ya no estás para estos trotes. ¿No tenés familia o alguien que te cuide?

–En este oficio nadie se retira.

Saca otro cigarrillo, el último antes de regresar al Palacio Negro. Quisiera una tacita de café, aunque el escozor le haga un huraco en la panza.

–Dame un café –pide.

La Gorda está hurgándose entre las muelas con la uña del meñique.

–Pero vos sí me vas a pagar hoy, ¿verdad?

–El viernes.

–Hijo de puta. Todos ustedes son iguales –le espetta la Gorda antes de gritarle a Marilú que le traiga un café al Vikingo.

## 2

Sale a la calle con su cachucha de beisbolista, sus gafas oscuras con aro de oro, la pistola en la cintura bajo la camisa holgada.

Todos quieren enviarlo al hospital o a su habitación o a la morgue, a donde sea. Sacarlo de circulación, como si ya no sirviera, como si no hiciera bien su trabajo, como si en nada fuera útil su experiencia, como si ser el más viejo no tuviera valor.

Le gustaría ver a uno de esos recién llegados recibiendo sus morongazos, a puño limpio, incluido ese capitancito Villacorta, su nuevo jefe. Si lo hubieran visto luchar en la Arena Metropolitana cuando derrotó al Hijo del Santo, si lo hubieran visto machacar a sus contrincantes con el candado al cuello y la quebradora, sus llaves favoritas, le tendrían más respeto. Sus primeros jefes en la policía siempre iban a verlo y se sentaban en primera fila, frente al cuadrilátero.

Camina lentamente, atento a la inminente contracción de sus tripas, bajo el solazo maldito.

Por suerte el Palacio Negro está a sólo dos calles.

Echa un vistazo a sus espaldas, a la acera de enfrente: nadie lo sigue. Un autobús pasa zumbando cerca de la cuneta.

Escupe hacia donde pasó el autobús; la baba amarga, purulenta.

Y quién se cree esa Gorda: ¿su madre?, ¿su mujer?, ¿qué le pasa? Tiene que estar muy mal para aguantarle a esa fofa los consejos que nunca le ha aguantado a nadie. Lo que le faltaba.

Entonces lo paralizan el retortijón, el escalofrío, la náusea. Tiene que llegar hasta los baños del Palacio Negro. Pero no llegará; se apoya en la pared: vomita. Y entre arcada y arcada echa un ojo a su alrededor. Lo



último que quisiera es que en esas condiciones lo sorprendieran por la espalda. Que ahora ni cerca del Palacio Negro se está seguro, que los cabroncitos pasan ametrallando como si estuvieran de fiesta.

Fue culpa del mugroso café. Escupe. Se limpia la boca con el dorso de la mano. Enciende un cigarrillo.

Dos jóvenes uniformados vienen de frente, le sonríen con desprecio, como si dijeran: mirá esta miseria, ya se nos muere. Quisiera responderles: váyanse por la sombra, que la mierda bajo el sol se seca. Pero no tiene aliento. Con expresión de asco, los uniformados pasan de largo, evitando el vómito sanguinolento.

Camina de nuevo, tratando de darle firmeza a su paso. Está sudando; la boca le sabe a podrido. Se quita las gafas, para secarlas con la franelita que saca del estuche, pendiente del cinturón. Es lo que más cuida: sus gafas Ray Ban de aro dorado; su amuleto, lo que más le pesaría perder. Y, claro, la calzoneta de cuando fue luchador que yace envuelta en papel de regalo en una caja en su habitación; a veces, en sus momentos de solaz, aún puede oír al presentador cuando decía: «Y en esta esquina, procedente de los mares del Norte, el Vikingo...».

Cruza el retén apostado en la bocacalle del Palacio Negro. Ninguno de los uniformados lo saluda ni le pone atención; como si no existiera. Se siente en casa. Disfruta de la agitación, la alharaca de quienes entran y salen, la estampida de los jeeps y de las autopatrullas.

Enfila hacia la entrada. El Chicharrón camina delante de él, inflado, cachetón, prieto.

–¡Chicharrón!...

Éste se voltea:

–Apurate, Vikingo, que hoy te toca salir con nosotros.

¿Salir? Qué buena noticia: es lo que le encanta, lo que siempre hizo, lo que ya casi no lo dejan hacer porque dicen que está muy viejo, que la presa se le puede escapar, que ha perdido los reflejos. Por eso lo tienen en los sótanos.

Le vuelve la vitalidad. Guarda sus Ray Ban en el estuche antes de bajar las escaleras.

–¿Ya sabés adónde vamos? –pregunta el Vikingo.

–Ahora nos ordenará el capitán.

Recorren el pasillo donde están las cloacas, los dominios del Vikingo, las ergástulas donde él les da la bienvenida a los recién llegados, a los que van de paso, porque ahora ahí nadie se queda.

–Viera la cosita que acaban de tirar en la cinco –le dice Altamirano, un agente nuevo, joven, que viene por el pasillo en sentido contrario–. Está bien rica –se lo dice con lascivia, en corto, para que no lo escuche el Chicharrón. Y le habla de usted, con respeto, como se hacía en los viejos tiempos.

–Al rato iré –le responde el Vikingo, con un guiño cómplice; se dirige detrás del Chicharrón hacia el otro lado de los sótanos, por donde se sale al estacionamiento, donde el capitán Villacorta tiene su despacho.

–¿Estás bien, Vikingo? –le pregunta el capitán, de sopapo, como si lo hubiera visto vomitar hace un rato.

–Claro, ¿por qué lo pregunta, mi capitán?

Que no le vaya a salir con que no lo va a llevar este mariquita.

–Mirate, estás hecho una calamidad –le dice mientras mastica una hamburguesa–, me da miedo que te nos murás en medio de una operación.

Está sentado, tras una pequeña mesa repleta de papeles y radiocomunicadores; mete la mano en el pucho de papas fritas.

–En media hora salimos –les ordena, terminante, y les hace una señal para que se larguen.

–Putá, Vikingo, no abrás la trompa que te apesta a pus –le dice el Chicharrón, cuando ya han salido del despacho–. Le arruinaste el almuerzo al capitán.

–¿Querés un beso, papito?

–Ni el culo te dejaría besarme –le dice el Chicharrón, adelantándose.

El Vikingo enfila hacia los sanitarios. Orina; piensa en las nalguitas de Marilú mientras se la jala para que le salgan las últimas gotas, las dolorosas. Luego se enjuaga la boca varias veces; se humedece el rostro y el cabello completamente cano. Saca un peine del bolsillo trasero izquierdo del pantalón, el mismo bolsillo donde porta la billetera, y se peina hacia atrás, sin verse en el espejo resquebrajado. Regresa al pasillo.

Va hacia la cloaca número cinco. Tiene media hora para revisar a la recién llegada; cuando vuelva de la pesca ella seguramente ya estará en manos de los macheteros. Abre la puerta. Hay ocho bultos tirados en el piso, desnudos, atados de pies y manos, con la boca amor-

dazada, vendados con cinta adhesiva. Antes de ir a comer estuvo magullando a los siete primeros. Es su trabajo: machacarlos, sacarles la mierda, nada más. Pronto vendrán por ellos para llevarlos a la ópera, que es donde cantan sus secretos, y enseguida serán carne para los macheteros.

Toma a la muchacha por el cabello y la alza, como se alza por la nuca a las perritas de raza. Es muy baja, leve, bien formada, frágil, como una muñequita. Se ha meado; todas se mean. Y tiembla.

Quisiera machacarle las tetas, pero se siente exhausto, sabe que el retortijón sigue rondándolo. La tira al suelo y le pega un puntapié para hacerla a un lado.

La muchacha se estremece, boca abajo, las manos atadas por la espalda, con espasmos, muy cerca de donde otros tres cuerpos yacen amontonados.

Y no se ha equivocado: aquí está de nuevo el retortijón. Permanece inmóvil, en el centro de la cloaca, transpirando, con las manos en el estómago, los ojos cerrados. Esto se pone cada vez peor. Pronto no podrá hacer ningún esfuerzo, se quedará sin trabajo.

Poco a poco se repone, aunque aún transpira y siente como si le hubieran chupado sus fuerzas.

De repente Altamirano entra a la cloaca, ansioso.  
–Creí que ya no venías –le dice el Vikingo.

Y repara en el trasero redondo y alzado de la muchacha; se le sienta en la espalda. Luego, con ambas manos, abre las nalgas de la muchacha: le escupe en el ano.

–¿Te parece? –pregunta.